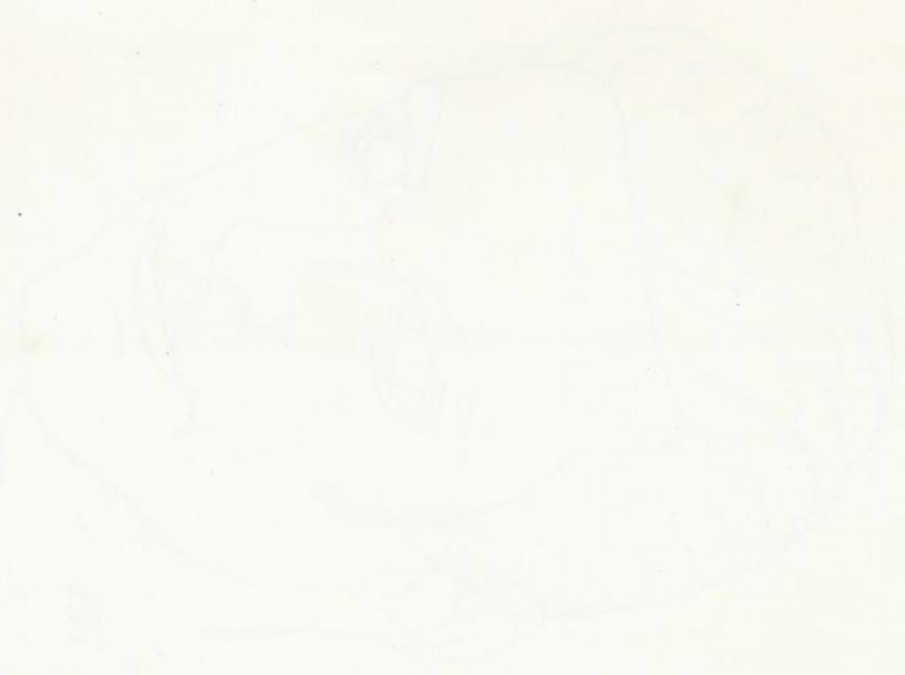
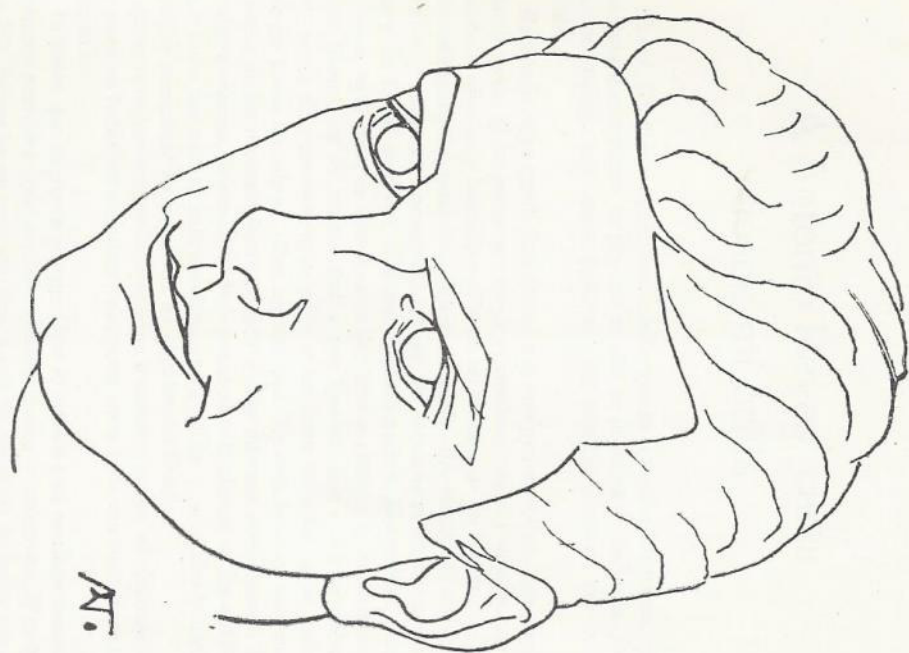


PLENO SILENCIO

"VOZ EN EL MAR" dedica
esta publicación a los padres de
Antonio.



Retrato del autor por Antonio Torres.
Dibujos de Fernando García-Ramos.



A Antonio Reyes, carta desde mi orilla

Ahora, Antonio, cuando la ciudad empieza a olvidar tus pasos, cuando tu voz nos llega lejanamente, es preciso un alto en la rutina de cada día, para recomenzar un diálogo que antes llenaras con silencio y ahora con el ejemplo de tu vida.

Aquí todo sigue igual. Los chicos aún rompen cristales. Las parejas sueñan atardeceres. Y las personas mayores cambian ropas y viven por sueldos del Estado. Provincia y Municipio. Desde mi ventana se ve la torre del Instituto. Si, todo está igual, tal como tú lo dejaste, y, algún día, vendrá de nuevo un chico de bilbaina y volverá a apoyarse en todas las esquinas porque también se aburre sobre los fibros de texto. Y siempre, casi siempre, le pondrán ceros.

Mira, si tú quieres entraremos los tres a clase. ¿Te acuerdas del aula, Antonio? Bueno, es lo mismo: todas son iguales. Ese chico se sabe bien la lección, recita sin pestañear el nombre y los datos biográficos de cada autor y el título de todas las obras. ¡Qué barbaridad! Todavía hace un resumen de los argumentos de las mismas. Perfecto ¿eh? y sabe además otras cosas. Todo eso de la cultura aramea, la ecuación de la parábola y la cloaca de los anfibios... No te quepa duda que sacará sobresaliente en Reválida, y su padre le dará dinero y así podrá completar su colección de novelas del Oeste.

Pero ya te has indignado. Prefieres a nuestro amigo, el chico de los ceros que se para en todas las esquinas y derrama unos ojos curiosos para las cosas del mundo.

Tú sabes que es poeta porque Dios lo quiere y ya no tiene remedio. Inevitablemente escribirá unos primeros versos vacíos y solemnes. El pobre nació en una Isla borracha en relótrica, oculta por un carnaval de mitos y metáforas. Habrá de recorrer un calvario, solo y sin maestro. Pero el mar, que todo lo trae, le puso muy adentro en los ojos poetas e ideas nuevas. Entonces conoce a sus hermanos de todas las tierras. Su poética se hace sincera y humana. Es, al fin, hombre de nuestra generación. De esta generación cuyo sentido es DESTRUIR CON DOLOR PARA VOLVER A CREAR CON DOLOR.

¿De qué hablabamos, Antonio? Si, de un chico, de unos versos y unas aulas, de cosas sencillas y sin importancia, de cosas pequeñas y olvidadas.

Después, ¿sabes?, nuestro amigo se hace actor del TEU. Interpreta papales secundarios, nunca galán ni héroe, nunca para él el aplauso exclusivo, sólo su vocación, su propio deseo de arte, y él —aquí también solitario— el único artista entre tanto actor, entre tanta marioneta movida por vanidad, por la estúpida vanidad sin tapujos y con mayúscula.

El resto de la historia te es bien conocido: Despacio, siempre con una sonrisa de predestinado, contó veintisiete años. Un amor verdadero y definitivo puso la palabra ilusión en su vida. Sonó la hora clave y las voces mundanas gritaron: ¡Porvenir! ¡Hay que ganar dinero! La gente pasaba a su lado ciega y loca, empujándolo, abriéndose paso con los codos, dando zancadillas, y todo porque la vida es así y cuesta mucho alcanzar un puesto seguro. El vió hombres que tenían y retenían el color de sus camisas; hombres babeantes de adulación arrastrándose por el suelo, tras el sucio dinero, tras la mezuquina ambición del puesto de mando. Entre ellos, su vida sin concesiones, toda sinceridad, de carne y espíritu. Su figura solitaria y humilde entre tanto cortillo de logreros y ambiciosos. El fué el símbolo, el mártir de una cansada rebeldía, todo y nada menos que un chico con inquietudes que se parece tanto a ti que puede llamarse Antonio Reyes.

Ahora comprenderás la necesidad de un alto, de un diálogo bajo este mediocidad de tantos soles falsos, para aprender de ti —ya maestro— la humilde lección de tu vida. Ahora comprenderás también por qué las campanas suenan a gloria por tu muerte, y es, Antonio, que tú fuiste, y Dios lo sabe, sencillamente un hombre bueno.

Alfonso GARCIA-RAMOS

Alfonso
19-1-91

Si alguna vez he de ponerle prólogo a un libro de versos que publique, será el siguiente:

No diré: Son versos. ¿Poesía? Eso quien mejor lo juzgará es el lector. Lo que sí digo es que mis versos (o lo que fuesen) son sobre todo sinceros, no pretenden agradar a nadie. En ellos, eso sí, he querido poner toda la poesía que mi alma puede descubrir dentro de sí misma.

Muchos encontrarán unos versos vulgares, y otros verdadera poesía, pero esto último sólo puedo pedírselo a los que como yo han vivido o sentido estos momentos de íntima floración e inquietud. El que, por ejemplo, no se ha sentido triste sin tener causa, al leer un poema en el que se exprese tal estado de ánimo, nunca llegará a comprenderlo y dirá que es un absurdo, una san-dez. No presumo tampoco de que sea una minoría selecta la que pueda gozar de estas exteriorizaciones. No, bien sabe Dios que si he escrito unos versos ha sido por una necesidad intrínseca y nunca con pretensión de universalidad. Los he escrito para mí. ¿Cómo justificar pues su publicación? Pienso que, así como Dios crea para su propia gloria sin que por ello queden excluidos los demás de contemplarla, los lectores pueden gozarse en una obra que no ha sido escrita para ellos.

¿Y la crítica? No la temo en absoluto. No creo a nadie capaz de dar una opinión con validez universal, y menos aún en el laberinto intrincado de una poesía subjetiva. Un crítico podrá decir me gusta o no me gusta, al igual que un picapedrero; podrá decir que Garcilaso o Quevedo no escribían así, y en esto estamos de acuerdo, pero en cuanto al contenido, en cuanto a la poesía en sí, a la poesía pura, todos saben igual y nadie sabe más que en la medida de su gusto.

Así el mejor crítico es cada posible lector.

8 de Abril de 1950.

A. R.

(De las páginas de su «Diario»)

Cristo surca mi corazón,
y siembra tu semilla,
tal vez tu mano lo haga tierra buena
y florezca en mis labios
una oración sincera.
Corona mi frente
con los espinos de mis pensamientos
y pon en mis manos
el cetro burlesco
que te hizo Rey,
dame a gustar el vinagre de mi pecado
cuando tenga sed.
Haz que mi alma se abra al horrible suplicio
mientras ríe burlona la grey,
mientras oran los valientes de espíritu,
Rompe, despedaza mi corazón, mercader
con el látigo de tu piadosa furia,
que sienta en mi pecho el vacío
de la carne que palpita
para que estalle en doliente satisfacción,
y entonces
cuando se cieguen mis ojos a la materia
y se inunde mi cuerpo
quede el ismo de mi plegaria
como rayo de sol en la sombra de mi vida,
y la flor de tu gracia
en oración alboree en mis labios ominosos,
secos, sin sangre:
**CREO EN DIOS PADRE
TODOPODEROSO...**



PLENO SILENCIO

Llegará ese pleno silencio

Luis Pimentel

Cuando se hunda mi alma
en ese pleno silencio,
algún amigo leerá mis versos
y comprenderá el silencio.
Comprenderá el bullicio de la vida
y por qué se muere tan calladamente.
Y entonces comprenderá
por qué Dios ha dado el amor a los hombres.
Pero pronto se olvidará de sí mismo
y echará barro sobre su descubrimiento
para poder vivir
y ahogará la memoria para pensar en él
y aunque piense un momento
fuera de la vida,
volverá a ella con más ahinco,
forzándose por no volver la vista hacia atrás,
hacia dentro,
para buscar su yo,
sino perderse hasta que la muerte
le devuelva la conciencia de su ser.
Pero un instante pensará conmigo,
aunque vuelva a ser hombre —vida
como todos los hombres.

Hoy siento mi yo palpablemente.
Hoy me he dado perfecta cuenta
de quién responde por Antonio Reyes.

Palpo mi carne y siento
que mi mano desgarrar un sentimiento negro.
Hoy me siento como soy.

—Barro fuera del cauce,
lodo dentro del charco—
El río que nos hacen los demás
por nuestro esfuerzo

nos lleva al lago
inmensamente vacío de la nada.
Y este cuerpo mío —muchos kilos
de agua y tierra—

es una palada más
en el poema de la humanidad.

Agua y tierra donde anida el alma.

Agua y tierra sometida al tiempo abstracto,
al tiempo que marca el reloj de nuestro corazón,
las arrugas de nuestro barro,
los surcos de nuestra tierra,
el secarse de nuestra agua.

Hoy me siento de verdad unido al suelo,
sobre este suelo frío y duro
y ante un tiempo
donde lo más fácil de hallar
es el dolor.

Hoy te siento con todo el peso
de tu peso, cuerpo.

Eres aquél, fíjate:
 aquél que grava tedio.
 Eres aquél
 que desprecia el «pasar».
 Y las gotas cuajadas de tiempo
 que deja caer el reloj,
 se pudren en el aire, viejas.
 Eres aquél, fíjate:
 que juega con su carne
 creyéndola fija, extática,
 y le engaña su sangre
 y le engaña su carne,
 y le engañan sus ojos cortados
 verticalmente por el horizonte de su ambiente.
 Eres aquél... déjale ya,
 porque es triste ver el mundo...
 porque es triste
 y es verdad.

Allá en el pueblo, águila,
guardián de la luz de mi estrella primera,
de mi estrella fugaz,
he dejado un aire mío.

Sí, allí te veo, Antonio
—porque es éste el eco verdadero—,
allí te veo, clavado,
jugando con el tiempo inútil y feliz
que se escapa de tus manos
sin estar en tus manos.
Sí, vas a jugar tu vida distinta.
¿Qué hiciste de aquel juguete
de cuerda ignota?
¿Qué fué de tu afán?
Lo mismo que el de ahora

y de siempre.

Volar, volar...

Sólo nos queda la estela risueña,
inconclusa,

como un chorro de miel que nos ata la memoria.
¿Qué será del afán futuro?

Temblar, temblar...

porque no es estrella aún,

pero luego será nueva luz.

Presente, afán de luz dorada
que es estrella

y está fija en el azul,

lejos.

Mañana será

volar, volar...

*Esta es la memoria
a la memoria*

Triste,
siempre.

Alegre,
ahora.

Ansias,
infinitas.

(Llevando la muerte en los ojos)
Inteligencia,
materia.

Sigue, sigue...
Y la esférica vida

da vueltas, vueltas...

Tiene que ser esencia su eje,
esencia fija para referir el tránsito.

Esta vida, fruto terrenal con ilusión de cielo,
está hecha de dolor y tiempo. ~~X~~
Este hueco tan denso de la vida
que nosotros tenemos que ocupar
y ablandarlo con nuestra sangre,
este vacío futuro, está lleno de dolor.

Desaliento

Este desaliento que me inunda
y me oprime la carne,
y en la vida que tengo que forjarme
me hace inútil el camino.
Este desaliento, agua abandonada
de un torrente y hecha nieve.
Este desaliento inoportuno
que ensordina los gritos de mi alma.
Decacimimiento que aumenta mi inquietud
que es como si el cuerpo se quedara desierto
con una sola palmera de dolor.
Que es un dolor extraño que enaltece,
un dolor que bendigo,
un dolor que bendigo por ser alas del alma;
un divino dolor que lo es todo.
Que es nube en todos los horizontes
que están un poco altos:
Entre Dios y los hombres.
Dolor consustancial del espíritu
que redime, que desgarrar el alma
en girones de íntimo placer;
que ciega los ojos dolientes
de la carne pasajera, que crucifica
en la cruz de la eternidad del mundo.
No me dejes, dolor, que el tiempo se marchita;
no me dejes, dolor, en el día inconcluso.
Y en el desierto cuerpo
es mi alma como una lechuza huidiza
que busca la oscuridad.
Y con las alas del dolor busca la noche,
la noche que alumbra
su melancólica intimidad;

porque la noche está más adentro,
está más adentro, en el misterio mismo
y no sabe lo que tiene apresado
en su sombra ni lo que quiere.
Y en cada herida que abre una estrella
siente un dolor, y en la luz de la luna,
el supremo dolor,
y mi alma con ella
siente un dolor por cada estrella
porque quiere su misterio
poético y titilante,
porque quiere comprender a la luna
en su luz metafórica
que es como el dolor supremo
de la noche.
Este desaliento que oprime la carne
de mi cuerpo,
quizás no me abandone.

Todos los hombres se arrastran
aquí abajo.
¡Qué importa la indiferencia de la roca,
la olímpica indiferencia del cielo!
Los hombres, la triste y transitoria
mezquindad de los hombres
se arrastra también indiferente
al cielo y a la roca.
Y el cielo, la palabra cielo,
sigue azul o ennegrecida
a nuestra mirada
cuando distraídamente
nos fijamos en él.
Y los hombres se arrastran
creyendo ser cada uno
el eje centro de todo lo creado.
Pero la roca sabe mostrar
su olímpico desprecio
y la palabra cielo
que es un ansia nuestra
de que nos cubra una medida
azul, para no pensar en el más arriba.
Y gritamos a Dios, pero Dios no nos oye
el ruido de nuestras voces
porque Dios está dentro de nosotros
y tendríamos que gritar hacia dentro,
tendríamos que empezar por ser grito.

Con la tristeza de un ángel caído.
Sin un gesto siquiera de niño moribundo.
Como la estrella última.
Como un cadáver florecido en el alba.
Solo: Como un ruso acusado de espionaje. 
Como una madrugada sin carruajes.
Con todos los días naciendo lunes.
¡Esclavos ignorados de ajenas avaricias!
¿No hay nadie que me espere?
Las concavidades han llenado de estiércol su vientre.
Escupen como sapos su mirada radiante de odio.
Luego llegaste tú.
¿Y tú quién eres?
Sé que traes arena en los cabellos.
Sé que traes iluminados de fango los zapatos.
Tú no eres suficiente para ahondar mi soledad,
necesito otro gesto de gaviota ciega que se va lejanamente.
¡No, aguarda!
Tienes la espalda herida de incompreensión.
Tú eres. Te he pensado tres años.
Tu huida secaría mi soledad.
Ahora quiero que sepas por qué existo.
¿Sabes cuánto hace? ¡Cómo yo lo ignoras!
Una noche rubia, esqueletos de luz
me izaron en la mar de mi conciencia.
Tú eres.
Tienes la espalda herida de indiferencia
y sé que traes arena en los cabellos
y que has reído de miedo
por todas las gentes que no han encontrado su soledad.

HOY

Hueco de mi voz increada.

¿Dónde?

Palabras poemas que no son aún.

¿Dónde?

Y la tarde aquella — una —
esqueleto de carne con luz

que se deslizo en la noche.

Agonía de aquel beso aún sin terminar

que luego copió el agua.

Y aquella herida que sangró a la noche
de amarillo.

Y aquella letanía lenta de sol

que desgarraba los árboles secos.

¿Dónde?

¿Dónde mi silencio

se pudrirá de hastío?

¿Dónde el árbol de mi ataúd,

en qué bosque?

Y este tránsito de oscuras existencias.

¿Dónde?

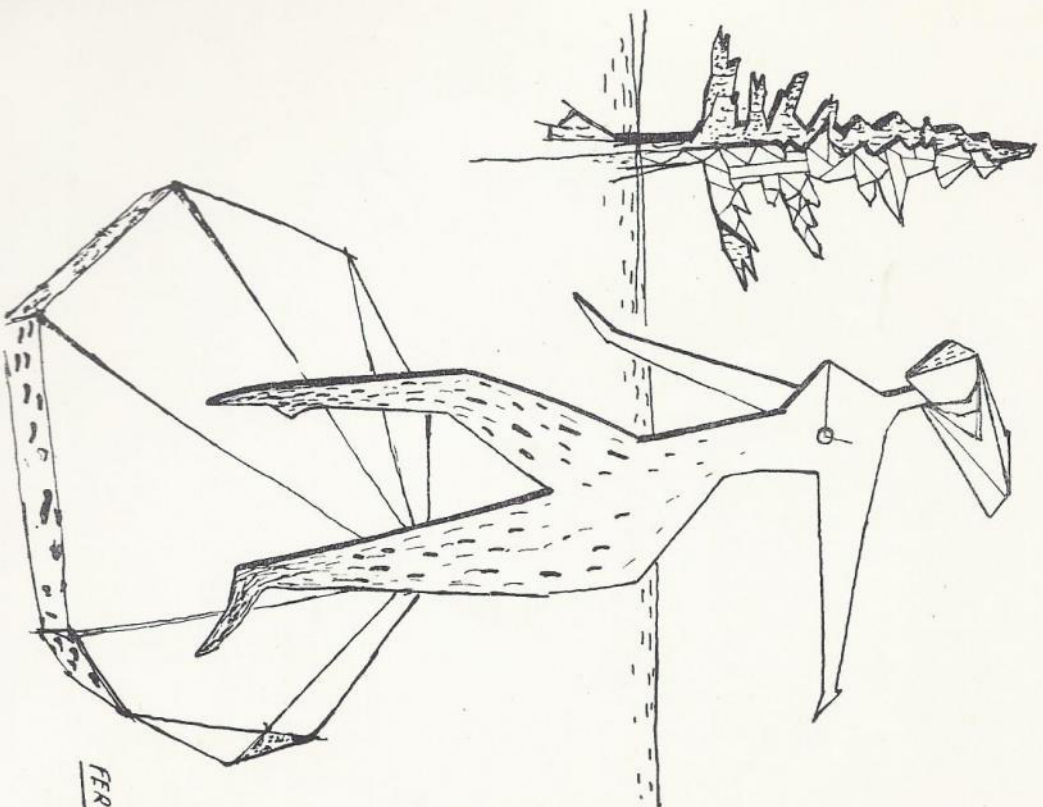
La Vida

La vida le daba un beso.
La vida estaba llorando,
se quedó el alma temblando
con dos lágrimas, rocío
de la aurora.
Y él lloraba sin saber por qué lloraba.
Abrió los ojos y fué esculpiendo
—porque es volumen en la impresión—
con la mirada,
sobre aquel mármol ignoto
sin un pasado, con un presente informe
y con un futuro virgen
como el camino del alba.
Y él lloraba sin saber por qué lloraba.
Luego amontonó figuras
que formaron otras nuevas
y fué sintiendo su carne
que se madura y se agrieta
y que el camino del alba se oscurece
y que ha crecido a la orilla una manzana
y en la opuesta llora el bien
y chilla la inútil experiencia
y en aquella carne vieja,
siente el potro joven del espíritu
que quiere retozar
y llorar porque lo es todo.
La muerte le daba un beso
mientras lloraba de risa;
las figuras se escaparon de la carne
y toda la carne vieja
se convertía en cenizas.

A Juan de la Rosa.

No volveremos?
Y estas cosas tan íntimas,
y estas cosas tan mínimas
que nosotros creemos tan grandes,
y nuestra madre y nuestra novia,
y nuestras mismas manos, y nuestros ojos...
esta luz, este aire, este Mundo.
¿Lo dejaremos para siempre?
¿Incomensurable siempre?
Para no volver hacia atrás la cara,
ni siquiera un instante, del recuerdo.
Todo perdido — inútil afán de idiotas —
Y tenemos la vida entre las manos,
esta vida que se nos escapa,
estos minutos sin posible retroceso.
Sí. Esta fuga es la vida misma,
este no poder salir de ella ni un instante
nos hace carne de la vida,
carne absurda de una existencia tonta.

En la escala alta de las estrellas
tengo prendido el pensamiento.
Mi alma, rayo de luz, sube,
pero mi cuerpo enterrado aquí abajo
enraizado mi deseo en este suelo tan duro
me hace tan pequeño...
Dios mío, córtame la raíz,
que pueda quedarme entre tí
y la cabeza alta de los hombres.
¡Que sea solamente ramal!



ALBA

FERNANDO
J.

ALBA



PARA ELBA

Alba

Has venido a mí, ahora,
en este sueño,
en esta vida alta,
como una brisa perfumada y suave
a despertar esta inquietud inefable
aturdida bajo el peso de la carne,
aturdida en la sordina de la niebla,
girones de niebla, cuerdas de mi alma.

Has venido a mí, ahora,
en el sosiego y en la sombra
de esta vida alta.
Como el alba —lenta explosión de luz—
a despertar las notas inconscientes
—vellón de alada melodía—
dormidas en el pentágono de los árboles;
como un eco inconcluso de mi yo
profundo y exigente;
como un soplo de nieve
que hiciera mella al humo oscuro
de mis idealidades.

Has venido
con el perfume abstracto de tu alma pura
y la dulzura de tus ojos negros
a posarte mansamente
en la flor abierta de mi pecho.

Has venido
golondrina —rauda puñalada al viento—
a dar vida de alas a este nido
prematuramente viejo.

Has venido
precisamente ahora, en este sueño,
cuando más miedo tenía

a este cielo mío tan azul
pero desierto.

Sin embargo mis manos
se abrirán para tu vuelo,
mis labios te bendecirán sangrando
tras los besos imposibles que te lleves
y mis ojos seguirán el camino
que traces en el cielo.

Después, cuando te marches,
me dirás un adiós ausente
como el adiós de los almendros
a los pétalos que le arrebató el viento,
como el adiós inútil de los cardos
a sus semillas nuevas.

En mi alma quedará
como el rictus de dulce tristeza
de tu boca adolescente
nostálgico recuerdo.
Y las palabras que nos hemos dicho
sonarán aún, pero muy lejos.

Adolescencia

Si supieras que no he besado nunca
que tengo en mis labios
la dulzura pristina de un estreno;
si supieras que un beso está soñando
—aún sin nacer y ya crecido—
sobre el calor de la sangre
abajo renovada a cada instante.
Si supieras que en mis labios
sueño un beso con tus labios;
si supieras que en mis labios
siento el primer beso intacto
redondo de emoción
apretado, maduro y dulce a estallar
y caerse como un fruto.
Un beso que hace tiempo está naciendo
y no puede porque le faltan
al pentágrama griego
las líneas de tus labios musicales.

Sé perfectamente que me tienes
en lo hondo de tu carne estremecida,
como sabes que te tengo
hecha sangre cantando en cada herida
quertiendo florecer en cada verso.
Lo sabemos los dos perfectamente.
Como sabe la muerte que es de vida,
como sabe la vida que es de muerte.
Lo negamos los dos aunque sepamos
que en este intento de no ser ni sentir
lo que somos y sentimos
afirmamos el dolor
de saber que nos amamos
—que nos amamos imposiblemente—
y bajo este silencio de aparente indiferencia,
nos está doliendo la música salvaje,
salvaje de estar sola en cada uno
de estar sola y reprimida
como un grito ensordinado
con ausencia y lejanía.
Y sabemos los dos perfectamente
que este silencio morirá
como muere el silencio de la tarde
apuñalado en la emoción
de un altivo campanario viejo
que desparezara su corazón
en un impulso de subir al cielo.
Y sabemos los dos perfectamente
que el día que se enciendan nuestros labios
será la muerte vida
sin acordarnos que la vida es muerte.

Tristeza de la sombra de la tarde,
caminar lento de la luz
adormecida en nuestro espíritu;
auge de una embriaguez inusitada.
¿Por qué vienes tú entre las nubes
siempre, de mi cielo claro?
Por tí no he pensado la nada.
En el sosiego de la sombra agusta
de tu alma déjame beber un poco
de luminosidad eterna.
No obstruyas el hueco por donde has entrado
amor,
si es posible algún día escapar de sí mismo.

He olvidado la escala de tu voz
y la forma precisa de tu cuerpo.
Se me ha ido lo que "estaba" tuyo.
Necesito llenar otra vez este hueco.
Que mis ojos renoven tu imagen
y el tiempo no ciegue el mirar interior.
Que encuentre en mi alma de nuevo
tu cuerpo preciso y exacta tu voz.

Quintero



Cada vez que te miro
se hacen labios mi fantasía
para llegar a tus labios,
y en este cristalizado gesto
de asesinada tendencia
me quedo besándote imposiblemente,
sin poder empezar a besarte,
sin poder nunca terminar
y sin embargo besándote imposiblemente.
Son mis ansias crucificadas
inútilmente
y cada beso imposible
se cueja—sonrisa—en mis labios.

Sueño

Dormías como el otoño de los árboles
y eras tan pequeña que no se te podía pensar.
Tus manos un murmullo de abejas
que tejían mi amor.

Cabías perfectamente
en un beso de mis labios apretados.
Sin embargo tus ojos
segúan siendo negros y diciéndome palabras
y aquella sonrisa que pudo ser beso
se me quedó en el alma
hurgándome constantemente los deseos.

Dormías como las notas
que no han sonado aún
en los clavicordios olvidados.
Tus manos como párpados
me cegaban blandamente mi anhelo
y cabías perfectamente en un preludio de beso
de mis labios pequeños
y aquella sonrisa me estará doliendo
en el árbol del recuerdo
como una fruta arrancada prematuramente.

Dormías...
sin embargo tus ojos me decían palabras,
tus manos cegaban mi anhelo,
y aquella sonrisa se quedó en el alma.
Yo te tenía como una limosna
en la tibia concavidad de mis manos.

Negro en tus ojos

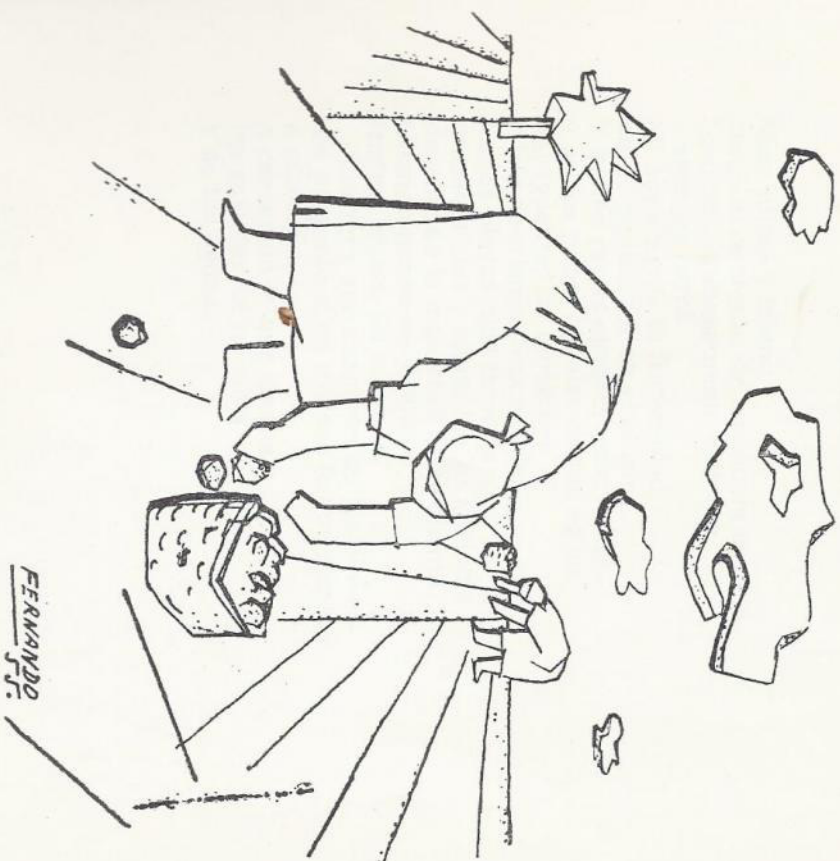
Quisiera perderme delicadamente
por tus ojos negros
para desde dentro mirar
como miras tú por ellos.
Para sentirme en la sombra, luz;
para beberme lentamente su misterio;
para estar cuando cierras los párpados
mirando hacia dentro,
y cuando durmieras
sentirme empapado en tu sueño.
Presentir la aurora
entre tus pestañas de sedoso anhelo.
¡Qué dulce sería
ser negro de luz
en tus ojos negros!
Y cuando miran tan hondo tus ojos
quisiera sin ruido sumergirme en ellos
buscando en su fondo mi alma
borracha de negro.

Estaba muerto. Negros cuervos
picotearon mi cerebro
y brotaron pensamientos nuevos,
nuevos y cándidos
que agitaron sus alas al viento
con júbilo de aurora
y se perdieron... Se perdieron
dejando un dulce hueco en mi alma.
Desperté. Eran tus ojos
lánguidamente tímidos,
tristes y pensativos
que buscaban una palabra
para completar su nido.

Si el alma se pudiese traducir de
alguna forma sería en música!
A. R.

Música tibia que llora tiernamente de alegría.
Mi alma llora, llueve música tuya.
Tú eres música tenue que se filtra en mi piel.
Y ahora yo soy una inmensa sinfonía.
Y ahora mi piel no limita mi cuerpo.
Ahora mi piel iluminada de tu melodía
es hambre de contacto que te necesita.
¡Un compás de tus labios!
¡Un compás de tus labios
y tu música, mi música
vibrará de infinita locura!
Mis manos, sarmientos de una batuta florecida,
insaciable de acordes,
te sueñan, te deliran en todas las cosas.
Y ahora ¿sabes si mis ojos solamente te besan
o te escuchan borrachamente?
Sí. Aún sigo emborrachándome
en el chorro musical de tu mirada.
Con la urgencia que un río
necesita del agua para serlo.
Y ahora ¿Crees que mi boca
tiene un gesto preludivante de beso
o que Dios me ha dado el tormento
de llevarte siempre deseada en mis labios?
Mi dulce pequeña, harás que Dios
no te imponga —deseo— en mis labios siempre
¿quieres?
Y ahora que soy una inmensa sinfonía de ti
¡amor!
¿No quieres enloquecer conmigo de ternura infinita?

Todo es para tí, amor,
desde la necia ambición humana
hasta las horas de tristeza,
y nada es para tí
porque eres hacia dentro.
Retorno de mis bondades.
Todo por tí, amor,
y para mí.
Proyección de mi yo, a tí
y vuelto a mí.



PAISAJES

Poema al mar

Mar íntimo y lejano
como el recuerdo de una novia muerta.
Siempre inmensamente distante
y siempre cerca.
Mi alma siente tu fraternidad
en la inquietud y en el abismo.
Y en los peces ovoides de mi alma
hay igualdad de ambición
y frío de tristeza inacabable.
En las playas más remotas
cruzan tristes y pausadas las gaviotas
desafiando la inquietud de tu oleada.
Cuando pasan las gaviotas
tristes, lentas, de mi alma
—ilusiones que zozobran en las playas—
me pregunto si es tristeza lo que sienten
o nostalgia,
o cansancio lo que sienten
las gaviotas de mi alma
y de tus aguas.

Viento Poeta

Quien fuera como tú
viento poeta,
siempre cantando a solas
para todas las cosas pequeñas.
En mi puerta esta mañana
oí tu estrofa primera,
una dorada estrofa
llena de besos de sol.
Y el naranjo, el viejo naranjo,
que hace tanto tiempo que lo miro,
esta mañana quería irse contigo;
lo decían sus ramas fecundas,
lo decía su tronco torcido.
Quería irse contigo
para perfumar tu estrofa sin medida,
para endulzar tu camino total.
Quien fuera como tú
viento poeta,
para cantar a las cosas pequeñas,
a las cosas pequeñas que nadie escucha,
a las cosas pequeñas...

Inquietud

A Gilberto Alemán

¡No te vayas sombra,
que quiero ir contigo,
o quédate aquí;
yo atranco la puerta
y atranco el postigo!

La noche se escapa
huyendo al cuchillo
del alba.

¡No te vayas, sombra,
que quiero soñar con fantasmas,
negros como tú,
fantasmas de carne lunática,
de ojos tísu
de mirada estática,
y dientes rojos de sangre y pasión!

Quiero preguntarles
si tienen o no corazón
y salir con ellos
por esas cavernas
llenas de misterio
bajo la luz negra
que alumbra la trama
de su poderío.

Y si hace falta,
para acompañarles,
dejo el corazón
colgado de un clavo.

que se vaya

poco

a

poco

secando.

¡No te vayas, sombra,

quédate conmigo,

que yo tapo el sol con un dedo

y atranco la puerta;

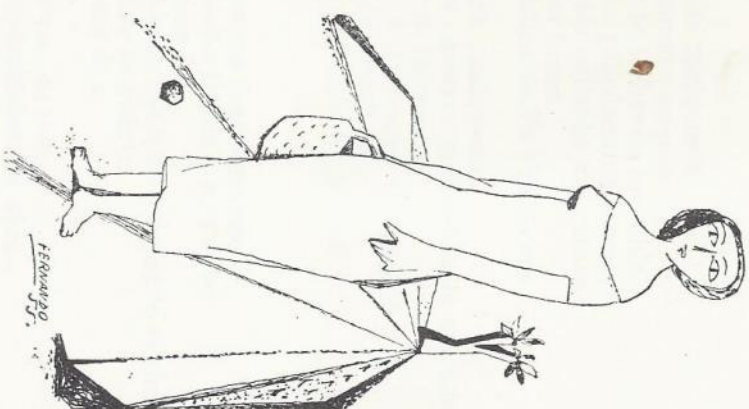
y si quieres, me quedo

tapando la luz del postigo.

La Laguna

A Eliseo Izquierdo

La vieja Laguna es hoy como nunca
la Laguna vieja soñolienta y muda.
Llueve. Las calles se llenan de rotos espejos.
Rezando, una sombra de vieja
se pierde a lo lejos.
La neblina aprieta la luz del bombillo.
Cantando ¡La Tardeeeel...
se oye a un chiquillo.
Sacude la vieja que tuesta
roto abanador;
las castañas saltan en el tostador.
Hay humo en la calle
y olor a castañas tostadas.
Se oyen temblando en el aire
siete campanadas.



TRES POEMAS
PARA ANTONIO REYES

Antonio

Era un día cualquiera.
Por el camino amplio
fui pisando tu huella invisible.
Las casas guardaban silencio,
los árboles callaron sus ramas
y lloraron hojas
por el Adiós de Tu Primavera.

Era un día cualquiera.
Los altos cipreses guardando la entrada
se hicieron fantasmas.
Asomaban las cruces su espalda
en la tapia encalada.
Había una puerta de hierro.

Entré:

Mis pasos me iban llevando
y cada tumba tiraba a mi pecho
la losa pesada.
Aquel silencio me fue encogiéndolo alma.
Yo no sabía tu puerta.
Alguien me dijo:

—Aquí—
y ví la tierra... tu tierra...
te tenía escondidos los ojos...
¡te tenía ella!
¡estabas allí!
¡cómo se reía de mí llanto!
¡cómo se reía!...
con qué indiferencia
mezclaba su polvo con el tuyo...
Su polvo ajado de agua y sol
de viento, de yerbajos,

de los huesos de otros muertos...
Su polvo con el polvo de tu carne,
con la risa de tu sangre.
Su polvo ahogando tu horizonte,
cegándote el MANANA

que amasabas en tus ojos interiores.
Su barro con tu polvo de Poeta,

—porque ahora eres más Poeta que antes—
modelando el último poema...

Antonio.

El dolor me eclipsó la carne.

Mis ojos quisieron buscarte
un poco más allá,

pero la realidad de tu muerte
estaba crucificada.

Yo no sabía pensar.

Olvidé el Padre Nuestro,
olvidé todo.

Aquel: «hágase tu Voluntad así en la Tierra...»
no pudo abrirse en mis labios.

Me olvidé a mí misma.

Entonces comprendí plenamente
tu tristeza antigua.

Una voz temblorosa respetando mi llanto
dijo en silencio:

—Vamos—

Mis pasos me iban llevando,
las tumbas oyeron mis pasos caídos...
y aquella puerta de hierro
se cerró con un gemido herrumbriento.

Los cipreses alzaron sus ramas
y no se enteraron de nada.

Febrero 1955

ELMA GARCIA

Tu huída

A Antonio Reyes

No es llanto por tu ausencia lo que lloro.
No es pena ni tristeza tu recuerdo.
Es el temprano golpe de tu huída
lo que lleva mi voz hacia tu altura.
Voy buscando una fuente y una roca
para escribir tu nombre en su honda piedra
y hasta hoy solo tengo entre los dedos
un puñado de arenas amarillas.
¡Palabras! ¿De qué sirven las palabras
ante el sordo cuchillo de la muerte?
¿De qué este grito aislado hacia tu búsqueda
si el silencio tan solo nos responde?
Pero es que el barro humaniforme late!
Ya no podemos continuar callados.
¡Tenemos que gritar tenemos hambre
y sed de que regreses a tus versos!
No. Todavía no hemos comprendido
por que tu prisa, ni por que tu ausencia.
Tú eras de aquellos pocos que soñaban.
De aquellos pocos que tenían amigos,
un amor fresco y veinte y siete años.
Te fuiste con la voz de las estrellas
una tarde sencilla y apacible,
cuando en la gris ciudad, serenamente
llovían las campanas
y los primeros nidos de la noche
se llenaban de pájaros.
¿Te enamoró quizá el azul misterio
de la noche y la tarde estremecidas,
en esa hora fugaz, en que las cosas
parecen más abiertas.

y el minuto se ahonda por las almas
que sueñan infinitos?
No. ¡Nunca lo sabremos!
¡Tú te llevastes todo el gran secreto!
De nada servirá nuestra pregunta.
De nada servirá nuestra esperanza.
Ni esta tristeza amiga que nos habla
al leer tus poemas;
tus versos, donde vive todavía
tu alegría, tu amor, tu primavera,
tu sangre, y tus preguntas por las cosas.
Todo lo que sabemos es tu marcha.
De pronto te citaste con la muerte, en el atardecer,
y tan deprisa corriste hasta sus brazos,
que ni tu mismo lo supiste nunca.
.

No es llanto por tu huida lo que lloro.
Ni es pena, ni tristeza esta tristeza.
Es solamente una palabra amiga
que quisiera ser mármol y ser agua,
para llenar de lumbré tu silencio,
y entreabrir las preguntas
que alargan las distancias,
entre las dos orillas que nos ciñen.
¿A quién preguntaremos por tu nombre?
¿A quién preguntaremos por tu ausencia?
¿A quién por el camino que seguiste,
para encontrar alguna vez tus huellas?

VIOLETA—ALICIA

La Laguna, 1954

Elegía

No palabras. Estrellas sorprendidas. Árboles infinitos.
Para cantar tu muerte. Para cantar la muerte
que escribiste sin saberlo.
Para cantar el violento poema de tu muerte, Antonio.
Que mis palabras ardan. Que se tornen humo,
que sean soledad.
Que mis palabras canten tu vida, sin crepúsculo.
Te llaman los caminos, las estrellas.
Las olvidadas piedras de los senderos
preguntan por ti.
Las tardes te recuerdan.
Reviven tu silencio, tu serena sonrisa de ciprés soñando.
Porque saben que has muerto:
hasta la Silente ciudad te acompañó la llovizna.
Ahora creces. Ahora te diluyes.
Desde la otra orilla, cantas.
Ya hondo poeta. Ya definitivo ángel de madera impalpable.
Tú, sólo sueño. Tú, sólo música.
Tú, encendida soledad ya para siempre.
Llueve. Lejanamente. Hace tiempo.
Tus veintisiete inviernos lloran por ti, Antonio.

Fernando GARCIA-RAMOS